

17. Voto de movimiento

Sabemos que para mantenernos sanos, los médicos nos aconsejan movernos, caminar. Del mismo modo, también en la vida espiritual, si no nos movemos, si no caminamos, no vivimos sanamente nuestra vocación. También la Iglesia, si no mantiene viva su naturaleza sinodal, en la que caminamos juntos, se convierte cada vez más en un cuerpo pesado, que no avanza y, sobre todo, no corre a anunciar el Evangelio, la buena y gozosa Noticia de que Cristo ha resucitado y permanece presente con nosotros hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). Si la Iglesia se mantuviera fiel a su tradición sin vivir la misión, traicionaría el corazón de su tradición, que es el Evangelio, es decir, Cristo Jesús que vino al mundo para salvar a toda la humanidad. La verdadera tradición de la Iglesia no es un tesoro que escondemos bajo tierra, sino un tesoro que hay que transmitir. Jesús, al final de los tiempos, nos condenará si hemos enterrado el talento que hemos recibido en lugar de hacerlo fructificar para el crecimiento de su Reino (cf. Mt 25,14-30).

San Benito también nos pide, por así decirlo, un “voto de movimiento”, el voto de *conversatio morum*, que podríamos traducir como “conversión en el seguimiento del camino de la comunidad monástica”. En el fondo, este voto los incluye todos, incluye la obediencia, la pobreza, la castidad, pero también la estabilidad, porque un monje no es verdaderamente estable en una comunidad si no sigue su camino y las indicaciones del pastor que dirige el rebaño. Para San Benito, la comunidad monástica es un rebaño en movimiento, guiado por Cristo, representado por el abad o la abadesa. Quien no está dispuesto a convertirse continuamente, caminando con la comunidad, fracasa en la obediencia y en todas las virtudes monásticas, y entonces no progresa, no mejora y no alcanza la meta y el propósito de la vida y la vocación.

“*Conversatio*” es un término difícil de traducir porque designa no tanto un estado de vida, una condición, sino un proceso en el que la vida se transforma, progresa, se eleva y profundiza. El voto de *conversatio morum*, enmarcado entre los votos de estabilidad y obediencia (cf. RB 58,17), es fundamentalmente una promesa de vivir, de no detenerse en el proceso de vida nueva que la Regla, siguiendo el Evangelio, nos propone. En esencia, prometemos cambiar continuamente, corresponder día a día a la gracia pascual que nos hace nacer a la vida eterna del Señor resucitado.

La obediencia nos recuerda que la vida tiene leyes que nosotros no creamos. La vida no es un proceso autónomo: se genera y debe nutrirse siempre de fuentes y raíces que nos preceden, que nos sostienen.

La estabilidad nos recuerda que la vida es un proceso interior: el cambio constante que requiere no es el de la agitación externa y superficial de nuestros proyectos, deseos, caprichos y modas. La estabilidad monástica opta por un cambio profundo y silencioso, el de un gran árbol que parece estático y que, en cambio, vive en su interior mediante continuos procesos biológicos, incluso en invierno.

La *conversatio morum* en la vida monástica, pero también en la vida de todo bautizado, es donde consentimos la vida nueva que Cristo nos propone, y que nos propone verdaderamente como vida, como un proceso profundo e interior que, día tras día,

hasta el Día eterno, nos permite pasar de la vida terrenal a la vida celestial, de la nada de la que venimos a la totalidad de la vida divina, cuando Cristo será “todo en todos” (Col 3,11).

Pero Dios nos propone este proceso, no nos lo impone. Hacer voto de conversión constante en la vida monástica es un acto libre, es decir “sí” a la vida de Cristo en nosotros, es decir “sí” a un camino, seguir “el camino de la vida” que “el Señor nos muestra en su bondad” (RB Prol. 20). Para elegir un camino, no basta con elegir una dirección: hay que optar también por caminar. Y optar por caminar es una elección que no se hace de una vez por todas: hay que dar cada paso del camino, si no nos detenemos. La obediencia nos hace aceptar caminar en la dirección correcta; la estabilidad nos hace aceptar poner los pies en el suelo del camino, que es el propio suelo concreto de nuestra comunidad, que a veces puede volverse arduo, pedregoso o resbaladizo, según las circunstancias y las personas con las que el Señor nos coloque. Pero si no camino, todo esto es inútil para mí. Si no camino, me detengo. Y detenerse en el camino de la vida es morir.

¿Qué alimenta la decisión de caminar? ¿Qué es lo que alimenta día tras día el voto de conversión, de *conversatio morum*, el voto que no se puede prometer de una vez por todas y sin el cual ni siquiera la obediencia y la estabilidad serían votos de vida nueva? Comprender esto es vital no sólo para cada uno de nosotros, sino también para la renovación de la Iglesia y de la vida consagrada. Ninguna reforma verdadera, ninguna renovación ha dado nunca fruto en la Iglesia sin el alma de una conversión renovada, sin el fervor profundo de un compromiso de *conversatio morum*, sin un verdadero consentimiento de una transformación de la vida y del corazón que no se satisface sólo con las formas exteriores. Los cambios externos y formales no reforman y renuevan la vida de la Iglesia y de nuestras comunidades.

¿Qué alimenta entonces el voto de la *conversatio morum* día tras día?

Si es un voto de vida, un voto de vivir, en nuestro corazón hay un poderoso motor, una poderosa energía: el deseo de vida, el deseo de “vida verdadera y eterna” (RB Prol. 17), que San Benito exige como condición para entrar en el monasterio. Es un deseo que seguramente está presente en todos los corazones humanos.

Pero, ¿por qué son tan pocas las personas que realmente se dejan guiar por este deseo para elegir un camino de vida?

Quizás precisamente porque no se elige la vida verdadera y eterna sin aceptar renunciar a la vida falsa y temporal, la vida mundana, que el pecado original nos hace desear en un espejismo de ilusoria plenitud. Todos desean la vida, pero pocos aceptan el camino de la conversión que permite pasar de la vida del hombre viejo a la del hombre nuevo (cf. Col 3,9-19), ese paso pascual de muerte y resurrección al que Jesús llama siempre a los que le piden la vida (cf. p. ej. Mc 8,34-35).

¿Debemos, pues, elegir la muerte para encontrar la vida? Si es así, ¿cómo podríamos superar nuestro miedo ante la llamada de Cristo? No, no se trata de elegir la muerte, sino de elegir verdaderamente a Cristo, nuestra verdadera vida. Cuando entendemos que nuestra verdadera vida es Jesús, entonces no da miedo morir a nosotros mismos para estar con Él.